*Te esperé toda la vida*

“Espero tu sonrisa y espero tu fragancia

por encima de todo, del tiempo y la distancia.

Yo no sé desde dónde, hacia dónde, ni cuándo

regresarás... sé sólo que te estaré esperando.”

**Canción de la espera**

**de José Angel Buesa**

Ángel era carpintero. Amaba cómo un simple trozo de madera iba tomando forma en sus manos hasta convertirse en un marco, un banco o una mesa.

Su abuelo, ya viudo, se había hecho cargo de él cuando sus padres fallecieron en aquel fatal accidente. Luego le había enseñado el oficio que Ángel llevó a su máxima expresión.

La casa de los Rivas denotaba la falta de una mano femenina. Nada de cortinas, nada de manteles, nada de flores. Las mujeres estaban ausentes de sus vidas desde tiempos inmemoriales.

Pero aquella mañana cuando Don Artemio llegó acompañado de su sobrina Elvira, el sol pareció bañar la lúgubre carpintería con una luz tibia que llegó hasta lo más profundo de su alma.

Elvira era una muchacha como Ángel nunca antes había visto. Su largo cabello cobrizo le rozaba la cintura que mecía con movimiento pendular al ritmo de su paso. Sus ojos verdes, enormes, pícaros, transmitían un espíritu libre no muy habitual por esos lugares.

Él la amó apenas la vio. A ella la intrigó su circunspección.

Él era serio. Ella alegre.

Él era discreto. Ella desenfadada.

Él tenía veintidós años. Ella veinte.

Ángel la amó con locura. Elvira experimentó en sus brazos solo un amor de verano.

Los meses pasaron con sus mañanas frescas y atardeceres tórridos.

Ángel sintió que su alma estaba ligada a la de ella de por vida. Elvira solo disfrutó cada encuentro con desatino e imprudencia.

Llegó el otoño y con su melancolía también la despedida.

Para Ángel fue un hasta pronto. Para Elvira un adiós.

Él proyectó una vida junto a ella. Ella proyectó una vida sin él.

Él construyó con sus manos la casa donde la esperó inexorablemente todos los veranos.

Ella se enamoró de otro hombre y volvió un enero, ya comprometida, cuatro años después.

Ángel la vio pasear por el pueblo de la mano junto a él. Su corazón desgarrado, traicionado borró uno a uno los colores que Elvira le había regalado.

Sin embargo, la esperó.

La esperó cada verano.

Vivió su vida a través de la de ella.

Ángel siguió cuidando la casa que había construido para Elvira.

Cada hijo que nacía de su vientre, él lo sentía parte de su vida.

Un verano construyó una cuna para el hijo que ella esperaba.

Pero la cuna nunca escuchó el sonido de un llanto o una sonrisa.

Otro verano talló para el niño un caballito. Un caballito que jamás libró una batalla junto a su dueño.

Ángel la esperó pero ella no lo vio.

Los años dejaron huellas profundas en sus vidas.

Él se marchitaba. Ella florecía.

Sin embargo, él la seguía esperando.

Elvira lo miraba desde lejos con cariño. Ángel esperaba cada verano su sonrisa.

Pasaron los años y con ellos toda una vida.

Un verano llegó sola al pueblo. Cabizbaja y sin alegría. Su amor había muerto.

Ángel lejos de alegrarse, vivió su tristeza y melancolía. No se acercó siquiera para darle el abrazo que hacía una vida anhelaba.

Ese verano las azaleas parecían no florecer. Fue un verano lúgubre, triste, aciago.

Elvira partió con su melancolía a cuestas. Ángel la despidió a lo lejos con una sonrisa.

Los papeles se invertían. El destino parecía girar a su favor.

Ese invierno Ángel pintó de colores la casa que había construido para ella.

Pero el verano siguiente ella no llegó.

Sin embargo, él la seguía esperando.

Pasaron los años y Ángel cuidaba su cuerpo como su casa. Él mismo parecía construido en roble. No quería que su aspecto cambiara tanto y que ella no lo reconociera.

Un verano escuchó de boca de su nieta que Elvira se encontraba recluida en una institución para ancianos.

Ángel no comprendía cómo una muchacha podía encontrarse en un lugar así.

Tomó su camioneta y atravesó caminos nunca antes recorridos. El valor que jamás antes había tenido lo aferró al volante y lo ayudó a llegar hasta ella.

Al entrar al lugar la encontró más hermosa que nunca. Su cabello ahora cano le resaltaba sus ojos color jade.

“Qué bella es” pensó.

Elvira lo miró y le sonrió. Como cada verano.

Él se arrodilló junto a ella. Tomó su mano y escuchó nuevamente su voz después de sesenta eneros.

-Hola Ángel. ¿Cómo has estado?

-Esperándote – le dijo él.

Elvira le sonrió. Paso su mano temblorosa por sus mejillas empapadas en lágrimas.

-¿Por qué lloras?- preguntó ella sin entender.

-Porque te extrañé- alcanzó a murmurarle él.

Ángel estaba decidido a sacarla de allí.

-Tengo un lugar para ti que te espera hace toda una vida.

Ella se dejó llevar, se dejó amar, se dejó cuidar

Y él, a los ochenta años se volvió a enamorar.

*Georgina West*

*2014*